3 POETAS DE EL SALVADOR

Alfredo Espino
Serafín Quiteño
Claudia Lars

POR HUGO LINDO

COMO quiera que más de un lector culto pudiera flaquear en sus conocimientos geográficos e ignorar en dónde queda El Salvador (más de un hispanoamericano ilustrado me ha hecho, fuera de mi país, preguntas que acusaban un descuido al respecto), considero pertinente fijar en el mapa, frente a los ojos del lector extranjero, esta parcela de América.

Hay un puente que une la América del Norte con la del Sur, este que se tiende hacia Colombia y proviene de México: Centroamérica. Lo que ayer constituyese, en su gran parte, la Capitanía General de Guatemala.

En la mitad de ese puente, y sólo con arenas al Pacífico, se encuentra El Salvador.

¿Localizado ya? ¡Adelante!

AQUI SE SUEÑA Y SE DICE

Aquí se sueña y se dice. Pero como el país es pequeño y no rico, muy poco, poquísimo, de su producción artística logra las posibilidades de una difusión aceptable. Los libros se editan en cantidad de quinientos ejemplares y no son distribuídos por los canales de un servicio organizado. De esos quinientos ejemplares circularán unos trescientos, y los otros dos alimentarán bichos de anaquel, harto abundantes, por cierto, en estos climas.

De ahí el que nuestros valores humanos se apaguen sin conocer el éxito a que tenían derecho.

Yo quiero hoy, por un doble prurito de patriotismo (o "patrioterismo", como quiera decirse) y, sobre todo, de justicia, hablar de tres de nuestros poetas que sueñan y cantan...

Si MUNDO HISPÁNICO acoge las presentes páginas con la amabilidad que espero y nueva ocasión se presenta propicia, ya iré hablando de más poetas, y de pintores, y de otros temas que pudieran ser de interés para el lector de España y de América.

Con lo dicho queda también dicho que este trabajillo no versa sobre la poesía en El Salvador, sino que se circunscribe a tres de sus valores.

NO SE TRATA DEL MAS NI DEL MENOS

Yo no creo mucho en las valoraciones estéticas de carácter absoluto, ni siquiera general. No se trata de establecer si estos poetas son entre sí de diversas alturas ni de colocar, con ese espíritu de competencia deportiva que caracteriza los "records" norteamericanos, esta poesía frente a la del Perú o la de Chile, la de España o la de Bolivia.

Esa actitud no cabría dentro de mis personales convicciones.

Aquí sólo se trata de afirmar que tenemos poetas y tenemos poesía. Y de dar al lector algunas muestras —ésas sí, de personal predilección—que pudieran suscitar su interés por nuestro hacer lírico, o, al menos, proporcionarle la oportunidad de conocer lo que, de otro modo, difícilmente habría llegado a tomar sitio en su espíritu.

LA VOZ MAS NUESTRA

Sin calificar su estatura—para mí un tanto irregular—, todos los críticos salvadoreños están acordes en señalar que la voz más salvadoreña, más expresiva de las realidades de nuestra geografía y psicología, es la de Alfredo Espino (1903-1928).

Hijo de una familia modesta, "familia de poetas", que dijese D. Alberto Masferrer, nació en una pequeña población del occidente de la República: Ahuachapán, enclavada entre montañas, como casi todas las ciudades de El Salvador; clima fresco, cielo puro y aire abierto. Ahí, al alcance de los suburbios, están ya los cafetales de color cálido, y está El Llano—el llano por antonomasia, soleado pero fresco—. Todo en la zona, excepto el café, que invita al comercio, es una incitación para el ensueño.

Dentro de este marco sitúese la personalidad de un soñador esencialmente romántico, y agréguese el dato de que este romántico vive en el instante "modernista" de la literatura. Resultado: un bucólico que no siempre se expresa con sujeción a normas, pero que siempre vuelca enteros el llano, el cielo, el aire, en su poesía.

El mira y canta lo cotidiano con palabra diáfana. Lejos está del poeta profundo. Mas lo que para otros no es motivo, acaso por frecuente y resabido, para él es impulso.

Y no quiero hablar más.

Lea el lector, en el terciopelo de su propio silencio, las dos atmósferas con pájaros de "Los pericos pasan".

La tersa poesía de Alfredo Espino andaba desperdigada. Después de su muerte fué recogida por el cariño y la admiración y se formó un tomo, cuyo título—¡para mí detestable!—es el de "Jícaras tristes". Lleva la obra dos ediciones: la primera fué hecha por la Universidad Autónoma de El Salvador; la segunda, por el Ministerio de Cultura Popular

LAS ALAS DE SERAFIN

¡Oh!... Ahora que reviso mis papeles, encuéntrome con una vieja página inédita sobre Serafín Quiteño.

Que me perdone el lector si la repito aquí: no tengo el ánimo de quien va a hacer una autocita; pero sí me parece oportuno reproducirla..., precisamente porque ya no está del todo vigente.

Escribía yo hace unos diez años: "Serafín Quiteño es una de las voces más puras de nuestra lírica. Hay en él una encantadora sencillez y una picardía también encantadora

"Las tónicas sobresalientes de su labor artística son su apego a la tierra, su inclinación al humor y su diafanidad expresiva. Huye conscientemente de lo trascendental, que se le antoja una "pose". Y se da de lleno al vicio de sentir. Todos los amores tienen en su poesía la diafanidad del primero.

"A veces—el poeta parece no advertirlo—su barca deslízase hacia mares metafísicos. Hay en Quiteño una inclinación mística inhibida.

"La cotidianeidad de sus motivos resta a la poesía de este vate el don de la trascendencia al público. El público se interesa por lo episódico, lo extraordinario, lo inaudito. Sin embargo, es ahí, en esa calidad de afán diario, en donde reside todo el calor humano de su obra."

Lo anterior, dije, ya no está del todo vigente.

Porque el metafísico inhibido ya se le salió de madre.

O, dicho en otra forma, a Serafín le crecieron alas.

Y como no quiero hacer afirmaciones sin prueba (¡cosas del oficio, que soy abogado y ejerzo!), lean los documentos líricos que me sacarán verdadero: "Del Serafín de tierra", "Amor del Serafín", "Serafín que sonríe" y "Serafín con alas".

LAS SEÑORAS... POR ULTIMO

Por aquello de la cortesía..., y recordando que "los últimos serán los primeros", digo ahora: "las señoras... por último". A manera de que nos quede en el oído la voz musical y deleitosa. A modo de que nos acaricie el alma la sensibilidad más sutil...

El primer dato que habría de proporcionarse con respecto a la personalidad de Claudia Lars es este: *no oculta su edad.* Y no la oculta, porque, en fuer de poeta auténtico (aquí, en Hispanoamérica, ya no decimos *poetisa* cuando nos referimos a una mujer *poeta)*, no cree en el tiempo, herido y trascendido por la saeta del arrobamiento.

Sus años irían con los del siglo si no fuese que Claudia, toda encontradas corrientes, lanzó su espíritu más allá del tiempo y retuvo su lozanía más acá. Belleza de treinta años y anticipo de la eternidad.

Alberto Velásquez, el poeta guatemalteco, y quizá, antes que él, Alberto Guerra Trigueros, nicaragüense-salvadoreño, lo han hecho notar: en Claudia, los factores raciales son determinantes: el ensueño vago, húmedo y neblinoso, el afán marinero y la capacidad para la evasión, le vienen de su sangre irlandesa; la inquietud por los problemas sociales salvadoreños, la rebeldía cálida, la tristeza que se advierte en muchos de sus poemas, constituyen el legado de su sangre americana.

Ella lo relata suavemente en uno de sus cantos, el primero de "Romances de Norte y Sur".

Van datos: Claudia Lars nos habla, ella misma, de las influencias que ha sufrido o cree haber sufrido. Silencia una, sí, la de García Lorca, que un tiempo la tuvo bajo su signo. Quizá sea, precisamente, porque fué ésa la que más la dominó... Dice Claudia: "Influencias: Inolvidable y *tempranera*, la de Amado Nervo, el místico... Después, la de Francis Thompson y Christina Rossetti. Más tarde, la de Gabriela Mistral (en mis temas maternales e infantiles) y quizá, en algunas composiciones o inspiraciones, la de Juan Ramón Jiménez. No digo con esto que esos poetas se adivinen detrás de mis versos. Solamente quiero decir que de ellos brota *lo mío*—con su propio color y movimiento—, como brota el manantial pequeño del agua invisible y maternal que está escondida allá dentro... en las profundidades de la tierra..."

He aquí la copiosa producción, ya editada, de Claudia Lars: "Estrellas en el pozo", San José (Costa Rica), 1934; "Canción redonda", San José (Costa Rica), 1937; "La casa de vidrio" (temas maternales e infantiles), Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1942; "Romances de Norte y Sur", editados por la Galería Renacimiento, San Salvador, 1946; "Ciudad bajo mi voz" (primer premio de poesía en los Juegos Florales del cuarto Centenario de la elevación de San Salvador al rango de ciudad), San Salvador, 1946, y "Sonetos", San Salvador, 1946.

Prepara Claudia su primer libro en prosa: "Tierra de infancia".

La más madura de sus obras, la más trascendental y perfecta de las que ya el público ha tenido la oportunidad de leer, es su libro titulado "Sonetos", auténtico joyel de sonetos perfectamente vividos y escritos. Gozad conmigo, lectores, el sutil "Retrato".

* * *

Son tres poetas valiosos. No los únicos.

Ninguno de ellos representa escuela, tendencia o moda. Son.

Y nada más sino mi gratitud al lector, que para recoger esta dación de los poetas, hubo de pasar por el erial de mi prosa, hecha de prisa.

1: ALFREDO ESPINO

LOS PERICOS PASAN

La tarde despierta de su sueño, cuando
la alígera nube despunta cantando...
Una nube de alas, una alegre nube
que baja, que sube...

¡Son ellos!... Se alejan entre llano y cielo...
¡Son las esmeraldas de un collar en vuelo!

Bulliciosamente
trazan una verde curva en el ambiente.

¿Van a los palmares de ondulante abanico?...
¡Ellos van a donde les apunta el pico!...

Se alejan..., se alejan..., pero van tan juntos,
que más bien parecen renglones de puntos...

Y en un llano caen así como cuando...
como cuando un árbol se está deshojando...

EL NIDO

Es porque un pajarito de la montaña ha hecho
en el hueco de un árbol su nido matinal,
que al árbol amanece con música en el pecho
como si tuviera corazón musical.

Si el dulce pajarito por entre el hueco asoma,
para beber rocío, para beber aroma,
el árbol de la sierra me da la sensación
¡de que se le ha salido, cantando, el corazón!

2: SERAFIN QUITEÑO

a) Del Serafín de tierra:

Tú, Mujer, que rezumas de la carne morena
jugo sabroso y prieto del sacrosanto suelo,
me caes en el gusto como tarde serena
y me unges las heridas con mieles de chumelo.

Sencilla, sin afeites, como viniste al mundo,
sin más don que tu gracia de flor en el camino,
parece que auspiciaras el surtidor jocundo
de un coro de *zenzontles* bajo el azul divino.

Sombrosa como rancho tirado en la llanura,
tranquila como el sueño de una feliz conciencia,
tienes mucho, en el habla, de lejana tristura
y algo, en el entrecejo, de asombrada inocencia.

(Del poema *Estatua viva de barro.)*

b) Amor del Serafín:

¿Lo ves? Mi pobre corasón de antaño
sabe expresarse en el romance viejo
y en los misterios de su fondo huraño
guarda un noble sabor de vino añejo.

Conjuga verbos plácidos..., no sabe
más que cosas inútiles y bellas:
irse en el vuelo manso de las aves,
ver cómo van naciendo las estrellas,

derrochar en un lírico derroche
frases como rosarios de luceros
y caer en sus ímpetus sinceros
como un tiesto con flores en la noche;
hablar con voz de sencillez labriega:
"para siempre"..., "ya nunca"..., "toda mía"...,
y ser la brisa del candor que juega
con el velamen de la fantasía.

(Del poema *Mensaje del corasón con* s.)

c) Serafín que sonríe:

Un soplo..., una inquietud..., un fiel quebranto...,
un dolor..., un fervor..., una tristeza...,
una vieja emoción mojada en llanto...,
una alta devoción por la Belleza.

El mirar, un si-es no-es irreverente,
y la boca, de lúbricos antojos...
Un poco de Beethoven en la frente,
un poco de Ben Turpin en los ojos.

Ensueño claro, la piedad, sincera;
la figura de trágicos asombros
—un poco yogui, un poco bandolera—
lleva la faz como una calavera
pávida y espectral sobre los hombros.

(De *Autorretrato.)*

ch) Serafín con alas:

INVOCACION AL ANGEL

Dedicada al P. Angel Martínez, a nombre del *ángel* que le asiste, y a nombre del *ángel* que me falta.

Angel desconocido, ángel amigo,
lejos, lejos de mí..., ¡pero conmigo!

Conmigo siempre, al lado
de la luz, amistado
ya desde un remotísimo pasado...

Más que por la presencia
te reconozco en esplendor de ausencia.
Más que por tu figura, por la gracia
con que partes el pan; por la eficacia
con que tus ojos ven; por la dulzura
con que asistes la sed de mi criatura.

Angel desconocido, ángel amigo,
cerca de mí, lejos de mí, conmigo...
En la vigilia, paso cierto;
en el sueño, en el olvido, ojo despierto
velándome, velándote a ti mismo
y salvando tu planta de mi abismo.

Tú, espejo de mi rostro verdadero,
me contienes, me sabes todo entero,
comprendes el primero y el postrero
mis cosas buenas y mis cosas malas
(mis caídas, mis huídas, mis escalas).

¡Yo sólo sé la sombra de tus alas!
Yo sólo soy *lo que amas*... Lo caído
de tu vida sin tiempo en el olvido
del Tiempo, en la sequía
del Tiempo—creación mía y sólo mía—.

Y desde allí, clavado en mí, clavado
en mis brazos, hundido en mi costado,
vivo mi muerte de ángel desterrado
y la vida de un día no llegado...

Mas llegará, cuando la estatua pura
de esta mi sal mortal cobre la altura
celeste de tus alas y tus llamas...,
cuando recobres, íntegro, *lo que amas;*
cuando el espejo de tu faz perfecta
—hoy huella, signo, clave, luz lejana—
sea tan sólo una esperanza recta
a la nostalgia de mi faz humana.

(La única obra de Serafín Quiteño que se encuentra editada es el *Mensaje del corasón con* s, San Salvador, 1941.)

3: CLAUDIA LARS

No supe escoger la tierra
de mi canto en muchos años.
Dos tierras de honda presencia
eran misterio y regalo.
Las dos llevaba en la sangre.
Las dos juntaba mi abrazo.
Un doble amor recogía
sus paisajes encontrados:
a la derecha, palmeras
en galope de penachos;
a la izquierda, vientos grises
sobre desvelo de barcos;
aquí, las playas de sol...;
allá, los ríos helados...

Del sur llegaban abejas
siguiendo el polen del nardo;
nostalgias indefinidas
y una inclinación de llanto.
Del norte, choque de espumas
y rosales de relámpagos;
humo de hoguera y de pipa,
islas dulces y sargazos.

Tal belleza no cabía
entera bajo los párpados.
Yo la exploraba en las venas
y en los horizontes anchos:
ciervo perdido en las nieves,
pájaro tornasolado,
brújula del corazón
buscando imán y descanso.

No supe escoger la tierra
de mi canto en muchos años.
Hoy sé que tiene caminos
que cruzan hombres descalzos;
volcanes de azules pliegues,
techos de paja en el llano,
tapiz de yedras y nidos
en la pared del barranco;
agua profunda meciendo
niños de nube y lagartos;
un gran esfuerzo en cadenas
y un gemido prolongado...

Absorta sobre lo mío,
al fin escogí, despacio,
la tierra de amor completo
que ha de cerrarme los párpados.

Pero mi canto del norte
—por los muertos empujados—
sigue rumbo de cometa,
sigue vaivenes de barco...

Silencio necesario.)

RETRATO

Ternura móvil que enraizó a mi lado,
niño grande sin nombre y sin alero;
huésped del sueño en cuerpo verdadero,
oscuro corazón iluminado.

Pago del día, saldo del pasado,
dulce heridor y hábil curandero;
mina de venas rotas y venero
que sin reservas da lo que he buscado.

Su silencio tan largo tiene ahora
pájaros irisados y despiertos
bajo una luz madura y vencedora.

De cenizas llegó su forma alzada,
y en rumbos de la sangre su llamada
devuelve la palabra de los muertos.

Y EL CUARTO QUE ES EL PRIMERO

El "Libro de Horas", de Hugo Lindo, bien podría llamarse "El poema de mi vida", pues parece que expresa el recorrido de su propia peregrinación en el plano del espíritu. El "Libro de Horas", digo, es un rosario de poemas con clarísima unidad simbólica o filosófica. Dicha obra mereció el primer premio en reciente certamen verificado en Guatemala. Este país ha organizado un "Certamen Permanente de Ciencias, Letras y Bellas Artes", mantenido por el Ministerio de Educación Pública, la Asociación Guatemalteca de Escritores y Artistas, el Consejo Técnico de Educación Nacional y la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de San Carlos. El primer premio denomínase patrióticamente "Quince de Septiembre".

Hugo Lindo nació en la ciudad de La Unión, cabecera del departamento del mismo nombre, en 1917. Realizó sus estudios elementales y secundarios en prestigiosos centros de la capital (Liceo Moderno, Externado San José y Colegio García Flamenco). Los estudios universitarios los verificó en la Universidad salvadoreña, en la que obtuvo el doctorado en Jurisprudencia y Ciencias Sociales en 1945. Hizo estudios en la Universidad Católica de Chile. En este culto país desplegó magnífica actividad, dando a conocer las letras salvadoreñas. Ha viajado por varios países de América, Panamá, Colombia, Perú, Ecuador, Chile, Venezuela y Guatemala.

Como buen cultivador del arte literario, ha desarrollado una relevante actividad creadora, que ha plasmado en las obras siguientes:

"Clavelia" (Romances), 1936; "Poema eucarístico y otros" (poemas), 1943; "Guaro y Champaña" (cuentos), 1947; "Libro de Horas" (poemas), 1947; varios trabajos para niños, en prosa y en verso (Edit. Zig-Zag), Santiago de Chile (1930-1940), y "Desarrollo del Programa de nociones generales del Derecho y Constitución política, para estudiantes de Comercio".

Quizás no hemos tenido un poeta que a la edad de Hugo Lindo haya sido merecedor de tanto lauro. La posición obtenida en distinguidas competencias literarias (desde 1936 a 1947) es más que suficiente para aquilatarlo como uno de los auténticos poetas de Centroamérica.

Todas las distinciones ganadas en justas poéticas son dignas de reconocimiento; pero la conquistada en Guatemala juzgo que es la que más debe llenarlo de legítimo orgullo.

Si agregamos a las actividades indicadas arriba la del ejercicio de la docencia en las ramas literarias y jurídicas, y aun más, la práctica del periodismo, nos sorprendemos de su manifiesta entrega a la vida intelectual.

Frases aparte y subrayadas es preciso apuntar sobre la obra original y acuciosa que tiene casi terminada, y que vendrá a llenar una necesidad de cultura: trátase de "Archivo Bibliográfico Salvadoreño", que por conducto del Ministerio de Educación será publicada este año. Como es de suponer, el libro será voluminoso, pues contendrá la vida y obra de los letrados criollos.

La crítica, de cierto crítico, del arte poético de Hugo Lindo está acorde en considerarlo *simbolista;* pero no de un simbolismo de escuela, sino de esencia personal, existencialista. Ubicar su modalidad estética en alguna casilla del vanguardismo de moda es, en cierto sentido, deprimente a su categoría. Mas como las concepciones artísticas y filosóficas se mueven con visible influencia humanista, ellas han preñado el verso de Hugo, sin hacerle perder personalidad, dotándolo de gran aliento subjetivo y simbólico. La posición espiritual de *religioso católico* del poeta le hace decir, con notables recursos y con poder subconsciente, lo simbólico de la relación del alma humana con Dios y con el Universo. Para concretar o definir mejor su mundo, su mundo de poeta, que vale decir sus vivencias de ensueño y de realidad, se presenta él, con exclusividad personal. De aquí que su poesía sea *esencial*, es decir, que traza la estela de *su ser* y de *su existir;* por lo mismo es poesía metafísica y particularmente religiosa.

ALFREDO BETANCOURT

H O R A C E R O

No era ilusión. Estaba presente en toda cosa.
En los hondos y oscuros reductos de la tierra
donde los minerales atesoran su lumbre
en un arcón de siglos oxidado de ausencia.
Era en el oro rubio como la miel, el oro
que incita la codicia y apresura las guerras;
era en la plata rútila y en el azufre, estaba
en el carbón, en toda constelación de gemas,
en el rubí de fuego y en la suave amatista,
en el diamante férvido y en las opacas piedras.
Subía por los vasos diminutos de todos
los árboles gigantes y las mínimas yerbas.
Sangre de vida, ardía bajo el sol en la entraña
de los inmensos bosques. Anegaba las selvas.
El musgo humilde, humilde, bajo su signo estaba,
bajo su signo estaban también el alga tierna
y el tomillo que aroma las mañanas fragantes
y las llena de suaves efluvios de inocencia.
Eran bajo su signo por igual el castaño
y el olmo y los pinares. Su savia dulce y plena
era castigo en todas las espinas del mundo
y don en el prodigio de las corolas tersas;
estaba en el recinto de pasión de la rosa
y en la campana inmóvil de la limpia azucena.

No era ilusión. Estaba presente en todas partes.
En la espuma, en el mar, en el viento, en la quieta
profundidad en donde la plata de los peces
traza su jeroglífico de sombras en la arena;
estaba en los tentáculos del pulpo, en la sonora
casa del caracol, en la marina estrella,
en el nácar transido de colores; estaba
entre los pardos limos que amarran las mareas.

Su soplo alzaba el vuelo lento de las gaviotas,
el vuelo gris que hilvana las olas y la tierra.

¡Y en el mar, bajo el mar, sobre el mar, se tendía
la verdadera y única verdad de su presencia!

También aquí, junto a tu llanto estaba.
¡Oh Adán!, y cada lágrima tenía su fulgencia,
cada gota de sangre su pasión repetía,
cada suspiro alzaba su realidad secreta.

También aquí, Caín, sobre tu crimen rojo
que perpetúa el agrio perfil de la tragedia
proyectaba su sombra, su luz... ¡Y tus pupilas
de obsidiana maldita se cerraron al verla!

Era sobre la noche. Su mano milagrosa
guiaba los carros ígneos en la comarca negra.
Señalaba el hipódromo de los centauros de oro
que veían inmóviles los ojos de la tierra.
Su mano detenía lámparas en el aire,
ardiendo, ardiendo, ardiendo como una llama eterna,
y al soplo de sus labios se apagaba la rosa
del fulgor, en el alto jardín de las esferas.
¡No era ilusión! El polen de las flores tenía
por El, sólo por El, la vida duradera,
y en el pequeño mundo de estambre soñaban
los rumores dormidos de las enormes selvas.

Por El, en la garganta de cristal de los pájaros
rodó el sonoro río de las sonoras perlas.
Por El fué la sonrisa de los niños, y el vuelo
del alfiler con alas de las breves libélulas,
y el alvéolo rubio y hexagonal en donde
germinaron los cirios de luz y miel y cera.

¡Todo por El!... Nosotros salimos a buscarlos.....
Recorrimos las páginas de historias polvorientas
y sólo hallamos nombres, sólo hallamos palabras
como copas vacías o como cañas huecas...
Gritamos sus mil nombres desaforadamente:
"¿En dónde estás, Jahvé, que mi voz no te encuentra?
"¿Qué Sinaí escondido te sirve de peana
o entre qué zarzas ígneas se ha encendido tu hoguera?"
"¡Jahvé..., Jahvé..., Jahvé...!" La ruda voz crecía
cada vez más sonora, más alta, más entera,
y al escalar la cima de su Babel menguada
se derrumbó en la bárbara confusión de las lenguas.

Entonces preguntamos.

Y la pregunta absurda

se derramó por todos los rumbos de la tierra:
contestaban los mudos con su garganta muda,
lo miraban los ciegos con sus pupilas ciegas,
lo encerraban los sabios en su sabiduría
de palabras construídas con sílabas pequeñas...
"¡No está! ¡No está!"—dijeron los mudos agitando
las manos como pájaros atraídos de ausencia.
"¡No existe!"—repitieron los ciegos en la sombra—,
"que de existir, acaso nuestros ojos lo vieran".
Los sabios calcularon, midieron, meditaron
y movieron en coro las plateadas cabezas:
"¡No está! No negamos—dijeron—. Sin embargo,
de todas nuestras cifras ninguna lo demuestra."

Y salimos gritando, desnudos, por las plazas:
"¡No está! ¡No está! ¡No existe!... ¡Sólo es nuestra miseria!
¡Sólo nuestra miseria frente al abismo es todo!
¡El cielo sólo es éter! ¡Los astros sólo piedra!
¡Ninguna mano agita la fiebre de los hombres!
¡Ninguna luz mitiga la sed de la conciencia!"
Y entonces fuimos libres.

Más libres que los ríos,

encadenados siempre a su lecho de arena.
Más libres que los mares tajados por la costa,
más libres que los vientos, los pájaros, las bestias...

Y libres ya, trajimos a la paja del mundo
la inextinguible antorcha del odio y de la guerra,
elevamos altares a los becerros de oro
y al instinto erigimos satánicas iglesias...

¡Qué solo en todas partes lo dejamos! ¡Qué solo!...
¡Pero éramos el viaje y El la estación suprema!

Un día, nuestra espiga madura rodó al golpe
inevitable y rudo de la segur. La siega
nos arrojó a las trojes de muerte, y se abrieron
a la luz infinita nuestras cerradas puertas...
Y entonces no leímos páginas de palabras
ni preguntamos nombres a las palabras huecas;
entonces no inquirimos en dónde estaba el dulce
amparo universal de su clara presencia;
no alzamos en el aire nuestra torre de dudas
ni agitamos los puños en crispada protesta;
entonces no leímos las manos de los mudos
ni escuchamos las voces de las pupilas ciegas;
entonces no medimos ni calculamos nada,
no hicimos silogismos, sorites y entimemas...

¡No era ilusión! ¡Estaba presente en toda cosa!
¡No era ilusión! ¡Llenaba los mundos con su esencia!

HUGO LINDO

Del "Libro de Horas", primer premio en el Certamen Nacional Permanente de Ciencias, Letras y Bellas Artes, organizado por el Ministerio de Educación de Guatemala.